

Capítulo 15 - Luces pálidas

Ya había sido un día difícil, así que, naturalmente, empezó a llover.

Al principio, solo un susurro de gotas, nada comparado con los cortantes chubascos de agua helada que las costas de Peredur gozaban al azotar a sus habitantes, pero la lluvia fue intensificándose. En una hora, apenas podían distinguirse siquiera con la linterna, tropezando cuidadosamente en la oscuridad. El maestro Cozme señaló una esperanza: que pocas lemures podían volar en semejante clima y ninguno podía seguir un olor a través de él, pero los pies mojados hablaban más fuerte que su optimismo. La lluvia no se detuvo allí: Angharad casi olvidaba que el Gran Camino era un acueducto, pues lo había usado tanto tiempo como una vía de tránsito, pero ahora su memoria la empapaba hasta las rodillas. El agua había llenado el cuerpo del acueducto hasta ese nivel, y si no fuera por su superficie llena de aristas rotas, habría desbordado aún más.

Mientras atravesaban esa corriente traicionera, prácticamente calados hasta los huesos, y el viento comenzaba a azotarlos desde el este —frío, tan helado que parecía que ninguno llevaba abrigo—, el ánimo se tornó sombrío.

No ayudaba que no todos estuvieran recuperados del encuentro con el halcón de guerra. Angharad todavía lucía aturdida, con la vista perdida en la tormenta, y aunque Cozme había limpiado la herida en su rostro, la carne seguía de un tono oscuro. Ambos estaban en mejor estado que Augusto Cerdan, cuyo brazo izquierdo estaba roto, y aún mejor que la pobre Briceida. La doncella había estado enferma desde que comió sus tabletas de yeso, tanto que el viento y la lluvia ralentizaban su avance a un lento paso. Brun la ayudaba a mantener el ritmo, pero ambos iban al final del grupo y seguramente permanecerían allí. Angharad se aseguraba de retroceder un poco, permaneciendo cerca de ellas cada vez que la tormenta las obligaba a retrasarse.

Varias veces, notó una expresión de irritación en el rostro de Brun, pero le decía luego que ninguna ofensa había en sus esfuerzos. Solo que, si perdían a esas dos en la tormenta, nadie podía predecir cuándo lograrían alcanzarlas. Era mejor detener la marcha de todo el grupo que arriesgarse a perder esas dos.

Sentían que el corriente alrededor del grupo cambiaba aproximadamente dos horas antes de la cena, ahora intentando avanzar en lugar de retroceder. La noticia fue bien recibida, cuando algunos se acercaron y gritaron por encima del estruendo de la tormenta para poder entenderse. Significaba que estaban cerca de una ruptura en el acueducto, un punto que planeaban alcanzar horas atrás. Ya habían pasado el gran río sin notarlo, y a estas alturas debían estar rodeados por bosques. Si continuaban después de la cena, ya hoy podrían llegar al final del Gran Camino. Como nadie quería dormir en un río, Angharad aceptó la propuesta y todos estuvieron de acuerdo.

La primera ruptura en el Gran Camino fue tan sutil que Beatris estuvo a punto de caerse al borde.

Fue rematada con un grito por Remund Cerdan, quien de inmediato ordenó detenerse. La brecha tenía aproximadamente cinco pies de ancho, aunque parecía un corte en la estructura, perfectamente recto: como si la espada afilada de un gigante la hubiera atravesado por la mitad. De no ser por el mal tiempo, podrían haber intentado saltar, pero en las circunstancias, Remund se vio obligado a usar su contrato. Primero, un aro a la mitad, en el que debían apoyarse, y luego otro en lo alto y a un lado de aquel para sujetarse.

Algunos de ustedes tienen guantes,” gritó Song bajo la lluvia. “Deben compartirlos con quien cruce.”

Ni siquiera los hermanos Cerdan intentaron argumentar que sostener un paño frente a los anillos de luz sería suficiente en un tiempo así. Bien. Angharad no había esperado volver a deslizarse sus mangas hacia adelante y agarrar la luz a través de ellas: si resbalaba aunque fuera un poco, estaría sosteniendo el resplandor ardiente. Ella fue la tercera en cruzar, usando los guantes de Isabel y devolviéndolos a Brun, que se aproximaba apoyándose en una pared, y una vez al otro lado, con su mochila, siguió a Cozme hasta la orilla para compartir su mueca de desdén. La pequeña pausa había sido solo la primera, conduciéndolos hacia una isla elevada de diez pies de largo. El verdadero precipicio yacía delante: casi cuarenta pies de acueducto en su mayor parte destruido, con algunos arcos todavía en pie pero sin embudo sobre ellos.

“Podría ser demasiado peligroso cruzar,” gritó el Maestro Cozme.

El hombre pasó una mano por su cabello empapado, claramente lamentando la pérdida de su sombrero. Angharad sympathizó: con tanta lluvia, sus trenzas parecían haber sido colgadas contra la parte trasera de su cabeza.

“No podemos acampar aquí,” gritó Angharad en respuesta. “No hay otra opción.”

“Luego tendrá que ser llevado,” le advirtió Cozme. “El contrato es duro con su cuerpo.”

“Entonces lo llevaremos,” insistió la Pereduri.

No había nada que discutir con las necesidades del momento, por lo que pronto Remund Cerdan comenzó a trazar sus anillos de luz cruzando la brecha. Era algo surrealista, casi de una obra teatral, ver al hombre suspendido en el aire en medio de una tormenta con solo fragmentos de luz sobre los que apoyarse, formando un punto de apoyo cada vez. Si Angharad no hubiera logrado vislumbrar el terror claro en el rostro del más joven Cerdan, quizás habría pensado que era un espíritu. Lord Remund se ralentizó casi al final, sus extremidades rígidas, y apenas logró llegar al otro lado. Se desplomó en cuanto tocó tierra, aunque para alivio de todos, los anillos permanecieron. Sin saber cuánto tiempo duraría eso, comenzaron a cruzar con rapidez.

Fue una de las experiencias más desagradables en la vida de Angharad.

La lluvia, de alguna forma, hacía que la luz sólida resbalara, y con el viento azotándola en la cara, apenas podía ver los anillos delante de ella. Dos veces tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas a uno de los anillos “de apoyo”, mientras sus botas resbalaban, el miedo helando sus extremidades, y cuando se lanzó hacia el final del camino, su ángulo estuvo fuera de lugar: cayó y se rozó las

rodillas contra el fondo del acueducto, mientras el agua fría corría desde sus clavículas hasta su vientre. Era una buena suerte que no llevara pólvora negra, pues seguramente habría sido arruinada. Como la cuarta en cruzar, Angharad comprobó que otros ya habían ayudado a Remund a sentarse, pero también que no se sentía mejor por eso.

Aunque permanecía fuera de la luz de la linterna, toda la piel que vislumbraba había quedado pálida como marfil y apenas lo vio moverse, salvo por la respiración. El infanzón parecía casi una estatua y aún quedaban otros por cruzar. El estómago en un nudo, ante el temor de lo que podría sucederle a él y a los demás, Angharad rodeó con nerviosa impaciencia el extremo de la ruta circular. La suerte los sonrió cuando la tormenta comenzó a calmarse, la lluvia se hizo más escasa, pero eso solo los alcanzaría hasta cierto punto. Cuando el último empezó a cruzar, Remund apenas podía moverse con una respiración superficial. Ni siquiera lograba parpadear. Augusto fue el último en cruzar, y en cierto modo, tuvo suerte.

La tormenta casi había cesado por completo, la lluvia apenas era un tenue golpeteo y el viento más bien una brisa suave. El Cerdan avanzaba más rápido que ninguno de ellos, con las luces apagándose tras él, apresurándose sin descanso. En el último resalte, les lanzó una sonrisa arrogante, soltando el anillo del agarre antes de saltar.

El viento empezó a intensificarse a la mitad del camino.

Angharad permanecía cerca, aún caminando con sigilo, por lo que fue testigo del horror claramente reflejado en su rostro. Su salto fue incompleto, fue rechazado, y su cuerpo se estrelló contra el borde del acueducto con la barriga. Sus manos se aferraron a la piedra húmeda y lisa mientras el agua le cubría la cara; gritos de sorpresa y desconcierto resonaron a sus espaldas, pero Angharad ya se movía. Agarró su brazo cuando este se deslizó hacia atrás, desgarrándose la ropa, pero sus dedos apretaron su muñeca con fuerza, apretando los dientes en tensión. Estaba de rodillas en el agua y, ¡Dios Dormido!, podía sentir cómo se le escurrían las botas.

“Ayúdala,” gritó Isabel.

Cozme apareció un instante después, tirando del hombro de Augusto, y entre ambos lo levantaron del borde. Augusto gateó por el agua, con los ojos desorbitados y las extremidades temblando, huyendo del borde del acueducto.

“Dioses,” gimió el infanzón. “Dioses...”

Recobrando el aliento, Angharad se arrodilló junto a él y cerró los ojos. Su corazón latía con tanta fuerza como el de él. Podría haberse quedado allí un rato, dejando que la lluvia recorriera su rostro, si no fuera porque el infanzón tiró de su manga.

“Gracias,” dijo Augusto Cerdan. “Dama Tredegar. No pensé que...”

“Estamos bajo tregua,” aclaró Angharad. “Tu seguridad sigue siendo mi preocupación.”

Pero esa no era la razón por la que se había movido. En ese instante, ella solo había visto a un hombre a punto de morir. Las leyes del honor apenas le alcanzaron las manos después de la

acción. El noble de cabello oscuro tragó saliva, asintiendo, con una expresión de conflicto en el rostro.

“Los anillos solo soportan el peso de un hombre,” dijo, con un tono entre súplica y concesión. “No había otra manera de que viviéramos. La daga fue una misericordia. Mejor eso que ser devorados vivos.”

Su rostro se endureció.

“Entonces deberíamos haber muerto,” respondió Angharad en tono firme. “Hay límites que los buenos hombres no deben traspasar.”

Sus mejillas ya estaban rojas por el frío, pero el enojo las coloró aún más.

“Debería haber sido más sensato,” escupió Augusto Cerdan. “Adelante, Tredegar. El honor ha sido satisfecho, ya no necesitas acompañarme.”

A ella le pareció bien, así que se enderezó con postura rígida y se despidió con severidad. Incluso después de esa cercanía, su compañía decidió proseguir, pues ahora que la tormenta menguaba, estaban seguros de poder descender por la Gran Vía esa misma noche. El plan original, supo Angharad, era acampar en el acueducto por seguridad y bajar al amanecer; ese método permitiría también que Remund, inmóvil como mármol, descansara antes de usar su contrato otra vez. En cambio, usarían la cuerda recuperada de los huecos que Angharad llevaba, para buscar refugio en el bosque, lejos del agua. La aquedad tardaría horas en vaciarse, incluso después de que cesara la lluvia. Nadie quería dormir en un lecho de río sucio.

Era casi una sorpresa que la última etapa del recorrido transcurriera sin incidentes, exceptuando que Remund Cerdan tuviera que ser llevado en todo momento por dos de ellos. Ella notó que era mucho más pesado de lo que un hombre de su tamaño debería ser. Angharad cuidó de no tocar su piel demasiado pálida, temerosa de que algo pudiera contagiarse. Cuando llegaron al final de la Gran Vía, o al menos a la parte que tenían intención de usar, su silueta se recortaba a medio camino, conduciéndolos hacia las montañas. Remund pudo avanzar a trompicones, con la ayuda de uno de ellos, como Briceida.

Bajarse del acueducto era más tedioso que peligroso. Remund y Briceida fueron bajados atados con una cuerda en lugar de escalar, lo cual tomó la mayor parte del resto de su compañía para hacerlo con seguridad, y después bajaron las últimas provisiones. Todos estaban empapados, exhaustos e irritable, pero al final lograron volver a tierra firme.

A su alrededor se extendían densos bosques, altos árboles cuyas ramas impedían ver gran parte del cielo, pero el camino delante era claro: estaban cerca del fondo de una colina y avanzar hacia el norte por la pendiente los conduciría a las montañas donde los esperaba la segunda prueba. Sería necesario marchar hacia el este durante unas horas, ya que la Vía Principal se encontraba en la mitad occidental del Dominio, pero deberían estar bien lejos de los hoyos y los lemures más peligrosos. Aún así, montaron un puesto de vigilancia tras encontrar un árbol alto donde ocultarse, preparándose para la noche y con la esperanza de que su ropa se secase un poco antes de volver a marchar.

El agotamiento hizo que Angharad cayera en un sueño benignamente carente de sueños.

--

La ropa apenas estaba semi seca, por lo que olían como perros cuando partieron a la mañana siguiente.

La pendiente era fangosa y resbaladiza, cubierta por una alfombra espesa de hojas muertas, pero no había duda del camino que debían seguir. Subieron las colinas, atravesando árboles, grandes helechos y campos de flores silvestres azul pálido. Cuando el barro se convirtió en piedra, Angharad supo que estaban cerca, y poco más de una hora después miraban hacia las alturas imponentes de las montañas en el corazón del Dominio de las Cosas Perdidas.

“Estamos un poco más al norte de lo que me gustaría,” les dijo Song, consultando su mapa, “pero siguiendo las montañas hacia el este llegaremos en la mayor parte del camino. Tendremos que rodear riscos para encontrar el camino al santuario, pero espero que lleguemos al final de nuestro recorrido un poco pasada media mañana.”

La predicción de Tianxi resultó ser algo imprecisa, ya que después de dos horas descubrieron que un deslizamiento de tierra había cortado su camino hacia el este. Decidieron no arriesgarse a cruzarlo cuando vieron algunos grandes rocas que se equilibraban precariamente más arriba, y en su lugar retrocedieron hacia el sur en busca del bosque y luego continuaron hacia el este. Su marcha en el bosque fue notablemente más lenta, y al detenerse a almorzar estaban apenas a mitad de camino. Antes de mucho, encontraron por fin los riscos que mencionaba Song: tres enormes rocas con cimas planas formando un amplio semicírculo pegado a la ladera de la montaña.

“El camino que debemos tomar pasa detrás de ellas,” dijo Song, “y luego recorre el borde de la más cercana a las montañas para conducir a la entrada del santuario.”

“¿No sería posible atravesarlas en su lugar?” preguntó el maestro Cozme. “Seguramente hay senderos que podríamos usar.”

“Existen, pero me aconsejaron no hacerlo,” respondió Tianxi. “Los deslizamientos son comunes, especialmente después de la lluvia.”

“Es un riesgo innecesario,” opinó Isabel. “Tomemos el camino más largo.”

La mayoría estuvo de acuerdo, incluso Angharad. Apenas empezaron a rodear los riscos cuando Brun respiró profundamente. Se volvió para atraparla con la mirada, y ella se acercó, pero Remund Cerdan —que ya se había recuperado, a diferencia de la pobre Briceida, quien aún retrasada, aunque podía caminar por sí misma— levantó una mano hacia ellos.

“Nada de eso,” dijo el infanzón. “Si tu contrato te hubiera confiado algo, compártelo con toda nuestra compañía y no solo con nuestra querida Lady Tredegar.”

Angharad frunció el ceño pero asintió cuando Brun le dirigió una mirada interrogante. El secreto ya no era tal: el maestro Cozme había notado la pista de un contrato antes de su enfrentamiento con los hollows y, a juzgar por ello, había transmitido sus sospechas a sus señores.

“Hay personas hacia nuestro oeste,” dijo Brun. “Hollows, creo. Al menos diez de ellos.”

Acababan de venir del oeste, desplazándose hacia el este, por lo que su presencia podía estar siguiéndolos o a punto de hacerlo: la mayoría eran pobres leñadores, y cualquier rastreador medianamente competente podría encontrar huellas de su paso.

“¿Nos están siguiendo?” preguntó Augusto Cerdan con franqueza.

“Es demasiado pronto para saberlo,” encogió de hombros Brun, “pero se dirigen hacia nosotros.”

“Entonces debemos apurarnos,” dijo Angharad. “Lo último que necesitamos es un enfrentamiento.”

No temía enfrentarse a los oscurlings con su espada, pero sus compañeros estaban heridos y agotados. Seguramente cometerían errores. Aumentaron el paso, ya ni siquiera intentando en secreto no dejar rastro, y tras media hora Brun anunció que habían dejado atrás a los hollows. La noticia los alegró a todos, hasta que transcurrido otro cuarto de hora, les informó que un nuevo grupo de hollows se acercaba desde el oeste.

Parecía... estaban siendo cazados.

“Si nos dirigimos hacia el sur, tal vez podamos rodear el bando occidental,” sugirió Isabel.

“Eso es precisamente lo que desean, mi lady,” negó Cozme Aflor con la cabeza. “No buscan matarnos en este momento, solo nos empujan más lejos del refugio para cazarnos a su antojo.”

“No sabemos qué tan bien pueden rastrearnos,” anotó Remund. “La idea de Isabel podría ser viable.”

Angharad negó con la cabeza.

“Esto no parece una simple coincidencia,” afirmó. “¿Cómo habrían sabido que vigilábamos cerca de la Carretera Alta? Esto huele a magia Gloam o a un contrato de rastreo.”

Los segundos no eran tan raros: ella había sido perseguida por las calles de Sacromonte por algo que sospechaba era precisamente eso. Los oscurlings del Dominio eran un culto que adoraba a un espíritu ancestral; era lógico que algunos entre ellos hubieran obtenido contratos en relación con ese ‘Ojo Rojo’.

“Tiene razón,” gruñó el maestro Cozme. “Es una caza demasiado cercana para ser tan astutos. Solo hay una opción: debemos intentar los riscos.”

Nadie mostraba entusiasmo, considerando los peligros que Song había mencionado, pero al menos los deslizamientos no los estarían cazando intencionadamente.

“Vi lo que parecía una huella que subía,” les contó Brun. “A aproximadamente medio kilómetro de distancia.”

“Yo también la vi,” asintió Song. “Es nuestra mejor oportunidad, si podemos movernos lo suficientemente rápido para escapar de la trampa.”

Parecía una pérdida de tiempo volver por donde ya habían pasado, pero Angharad guardó silencio. Era la decisión más sensata. La huella de la que hablaron los dos era más bien un barranco lo suficientemente ancho para que alguien pudiera atravesarlo, conduciendo hacia una saliente baja, que parecía escalable a la vista de la linterna. Sin mejores opciones, se adentraron en él, raspándose contra las paredes. Fue media hora de apretujones dolorosos y ascensos, hasta que alcanzaron un sendero más amplio.

Era otro barranco en la roca, aproximadamente de dos personas de ancho. Angharad sospechaba que había sido formado por la lluvia a lo largo de décadas, pues en la parte superior era estrecho y en la inferior más amplio. Afortunadamente, el suelo se había secado desde la noche anterior y la superficie era lisa. Las rocas que caían ocasionalmente eran un pequeño precio por la buena fortuna, aunque, como siempre, los buenos tiempos venían acompañados de peligros.

“Nos están siguiendo,” les dijo Brun, su voz resonando contra la piedra. “Están tomando el mismo camino que nosotros.”

Y, como era evidente, estaban acercándose, no era necesario que lo dijera. Apresuraron el paso, pero los huecos seguían en sus talones y la situación se volvió insostenible. Fue Augusto quien propuso una solución.

“Mira los bordes a ambos lados,” dijo, señalando hacia arriba.

Encontraron rocas, pero Angharad comprendió de inmediato a qué se refería. Su barranco, tallado por el agua, era más estrecho en la cima. La orilla del acantilado sobre ellos se estaba erosionando, volviéndose inestable. Con apenas un empujón, podría colapsar.

“No tenemos suficiente pólvora para volarlo,” le dijo Angharad.

Ni siquiera con todas las cajas y bolsas de polvo que llevaban consigo.

“No,” asintió Augusto, “pero hay otro método a nuestro alcance.”

Se volvió hacia Briceida, con el rostro firme, y la doncella se estremeció. El Pereduri quiso reprender a la infanzona por exigirle algo así cuando apenas ayer ella había salvado la vida de todos, pero se mordió la lengua. Funcionaría, estaba segura de ello. El barranco resonaba ligeramente al hablar, y el ruido opresivo que generaba el contrato de la pelirroja seguramente tendría un efecto considerable. Y como ella había dicho, no contaban con suficiente pólvora para usar en su lugar. Así que Angharad fortaleció el corazón y dio un paso adelante.

“Si después estás demasiado enferma para caminar, Briceida, yo misma te llevaré.”

La otra mujer volvió a estremecerse, y Angharad mordió el interior de la mejilla avergonzada. Isabel le puso una mano en el brazo y le regaló una sonrisa suave.

“Sabes que no te pediría eso si nuestras vidas no estuvieran en juego, querida,” dijo la infanzona. “Pero lo están, entre ellas la tuya.”

Briceida asintió con desgana, luego se dirigió a Angharad.

Seguramente necesitaría de su ayuda, así que debía aceptar su promesa, dijo.

“Así debe ser,” respondió simplemente la Pereduri.

Esperaron un poco más antes de actuar, escogiendo un lugar adecuado para la hazaña. Más adelante, encontraron un lugar donde el barranco se estrechaba hasta el ancho de un sólo hombre y la pendiente se elevaba rápidamente, un sitio perfecto. Angharad permaneció tensa en todo momento, pero tras que Briceida aplaudiera, unas pocas piedras cayeron sobre sus cabezas — y su grupo se dispersó a tiempo. La pelirroja dirigió el sonido hábilmente, y más allá de ellos, los daños fueron impresionantes. Después de la primera avalancha, transcurrió un latido y se oyó un gran crujido. Un fragmento completo del acantilado empezó a deslizarse, una piedra más grande que dos caballos, mientras que a lo largo del barranco caían rocas menores en una lluvia estruendosa.

Briceida mordió otra tableta de yeso y, tras vomitar ruidosamente, apenas pudo mantenerse en pie, por lo que Angharad la hizo subir a su espalda y sujetarse con firmeza. No esperaron a que se calmara el polvo para comenzar a huir.

Una hora más de barrancos estrechos y cascadas sin agua los llevó a encontrar una salida, y para su sorpresa, esta se hallaba en la cima del cráter central, arriba de los tres. Se elevaron hacia las estrellas que tenían sobre sus cabezas, donde una estrecha franja de hierba delgada crecía sobre la piedra, y empezaba la arboleda más adelante. Esa franja de bosque parecía extenderse hasta donde tocaba el primer cráter con las montañas, según lo que lograron observar. Allí, Song afirmó que comenzaba el camino hacia el santuario y los templos. Aunque había sido un viaje peligroso, en última instancia, lograron ahorrar algunas horas de su travesía al arriesgar los cráteres. La alegría se contagió con la noticia, incluso Briceida logró una sonrisa, y retomaron su marcha.

Cuando estaban a una docena de pies del borde del bosque, Brun de repente quedó inmóvil.

Angharad empezaba a odiar esa visión.

“Huecos,” dijo. “Docenas de ellos, esperando en emboscada.”

El maestro Cozme lanzó una maldición en voz alta. Angharad deseó que las buenas maneras le permitieran hacer lo mismo, pues compartía por completo ese sentimiento. El culto del Ojo Rojo había estado una vez más un paso adelante.

“¿Qué tan lejos?” preguntó Song.

“Difícil de decir,” admitió Brun. “Hay algo extraño en la banda de guerra, como si no estuviera realmente allí. Creo que la Gloam podría estar nublando mi contrato.”

“¿Entonces podría ser falso, una ilusión?” presionó Augusto Cerdan.

“Pensamiento ilusorio,” interrumpió Angharad. “Debemos tratarlos como si fueran reales.”

El acalorado debate fue silencioso, pero intenso; su grupo finalmente aceptó la realidad de que no había otra salida que atravesar. Seguir hacia el este por la otra cornisa no garantizaba encontrar un camino hacia abajo y, aunque lo hicieran, no había certeza de que los huecos no los siguieran hasta allí — o incluso esperar al final del camino, en la base del ascenso hacia el santuario. El problema era que no todos en su grupo estaban en condiciones de luchar o siquiera de correr mucho, por lo que era necesario emplear una estratagema.

“Un grupo para distraer, otro para pasar sigilosamente,” sugirió el maestro Cozme.

Era una estrategia sencilla, pero no tenían un equipo lo suficientemente preparado para intentar algo complicado de cualquier modo. Simplemente poner a todos los combatientes en el grupo de distracción era una receta para la masacre si el otro grupo era atrapado, por lo que la división no era tan clara. Isabel, Briceida — ayudada a caminar por Beatris — Song y Augusto formarían el equipo destinado a pasar desapercibidos. Cozme, Angharad, Brun y Remund serían los que atraerían al enemigo en una pelea en carrera. Con el contrato de Brun, deberían tener la ventaja de la sorpresa, permitiéndoles atacar primero y con precisión antes de escapar por el otro lado.

La persecución y la confusión que seguirían permitirían a los otros atravesar el campo enemigo, o al menos así lo esperaban.

Por mucho que Angharad deseara lo contrario, no había tiempo para largas despedidas. Cuanto más esperaran para moverse, mayor sería el riesgo de que los cultistas emboscados se cansaran de esperar y trataran de atraparlos a la vista. Ella apretó las manos de Isabel con ternura cuando la infanzona vino a besar sus mejillas, luego estrechó la mano de Song. Los últimos tres recibieron un asentimiento, más amistoso para algunos que para otros, y decidió adentrarse en el bosque tras el maestro Cozme. Con Brun como sus ojos, eligieron su ángulo de aproximación — por la ladera este del risco, flanqueando los huecos — y avanzaron lentamente, con cuidado de no hacer ruido.

Durante casi media hora se movieron en silencio, aumentando los nervios, hasta que por fin estaban en posición. Angharad podía distinguir la mayor parte de la banda de guerra desde su escondite tras un arbusto, tal vez veinte oscuros, en su mayoría portando lanzas y espadas. También había un par de ballesteros, de pie junto a un hueco antiguo vestido con túnicas. ¿Tal vez un sacerdote? El anciano, a quien los demás parecían obedecer, hablaba con personas que ella no podía ver — la vista estaba bloqueada por un árbol caído — en lo que parecía Antigua. Los cultistas llevaban ropa acolchada como armadura, salvo unos pocos élites, pero estaban en forma de combate y muchos marcados por la guerra.

“Cuidado con los ballesteros,” susurró Cozme. “Procura mantener los árboles en medio y matar primero a los guerreros con acolchado. Los armados fatigarán antes en la persecución.”

Compartieron asentimientos, los puños apretando sus armas y respiraron profundamente antes del salto.

Luego, el Dios Durmiente se volteó en su sueño, deshaciendo todos sus planes.

Todo ocurrió en un instante: un grupo de media docena de guerreros, la mayoría armados con corazas o cota de malla, conversaba con alguien en un árbol y la respuesta que recibieron los hizo reír. Se dispersaron, golpeando o empujando a algunos otros guerreros, y en cuestión de momentos estaban todos en marcha, dirigiéndose al suroeste, donde el otro grupo ya debería estar comenzando a moverse. Cozme tragó una maldición y todos dudaron. La única oportunidad que tenían contra esa cantidad de enemigos era la sorpresa, pero ahora los guerreros estaban en alerta. Sería una masacre, y en su contra. Sin embargo, no podían abandonar a los otros, Angharad no lo permitiría.

“Les atacaremos por detrás cuando empiecen a avanzar,” susurró ella.

Augusto asintió con aprobación, seguido por Cozme. Brun frunció el ceño y también estuvo de acuerdo. Partieron lentamente, y fue entonces cuando Angharad vio a su cara: aquella noble de Aspodel del Campánula Azul, la que tenía cicatrices de acné. Ella acababa de lanzarse desde un árbol, uniéndose a otra. Uno a uno, Angharad los reconoció. Leander Galatas, todavía sin su brazo, pero con un aspecto menos demacrado. El gran Aztlán llamado Ocotlán, con su martillo al hombro. Y, por último, el líder de su grupo de chacales, Tupoc Xical. Él intercambió palabras con la mujer aspodeliana, Lady Acanthe, y ella señaló en dirección suroeste.

Los hollows siguieron sus indicaciones sin pronunciar una sola palabra que negara la orden.

“Rastreador,” dijo Angharad entre dientes apretados.

Pero aquél que no logró localizar a su grupo. Sus enemigos pagarían por ello. Sigilosamente, tras la manada de guerra, que tan seguros estaban de los pactos de Aspodel que ni siquiera se molestaron en colocar una verdadera retaguardia, esperaron hasta poder ver cómo los hollows se expandían para una emboscada. Cuando Song se deslizó cuidadosamente fuera de la sombra de un árbol, con la mirada fija en el bosque, los guerreros que lideraban levantaron sus lanzas y finalmente el Maestro Cozme dio la señal para que su grupo atacara. Salieron de entre los arbustos sin anunciar su llegada con gritos de guerra, y justo cuando los ojos de Song se abrieron de par en par al verlos, Cozme Aflor disparó el primer hollow desde atrás.

El pánico se apoderó de todos.

Angharad sintió cómo un flechazo de ballesta rozaba su cabeza mientras partía por la mitad la cabeza de un hombre, golpeaba la lanza de otro a un lado y clavaba su hoja en la boca abierta de uno de ellos. La hoja se desprendió con dientes volando, y vio que el humo en polvo cubría la refriega. Vislumbró a Ocotlán derribando a Remund Cerdán, solo para ser retrocedido por Cozme, y a través del humo que flotaba, vio a Song rodeada por hollows. Angharad corrió hacia allí, agachándose bajo un golpe ciego en el humo y cortando lo que parecía tela. Song estaba acorralada, había herido a un hollow con su espada, pero ahora se encontraba sosteniendo a otro en una lucha desigual, por lo que Angharad atacó con furia preocupada.

Eran luchadores, estos oscuros, pero su entrenamiento era deficiente.

La primera que se lanzó demasiado se sobrepasó, y ella misma tropezó al retroceder, cortándole la garganta en la caída. El hollow tras ella gritó, atacando enfurecido con una espada de dos manos, pero era lento. La fuerza solo importa si puede alcanzarte. Ella clavó la punta de su sable en su garganta, la arrancó y se movió hacia un lado para que muriera sin poder contraatacar. El tercero le dio en la rodilla a Song, que cayó con un gruñido de dolor mientras la espada que sostenía en retroceso se inclinaba hacia su garganta, por lo que Angharad apretó la lengua y giró para ajustar su ángulo y matar al cuarto hollow.

Los ojos plateados de Tianxi soltaron un gruñido de triunfo, levantándose y asestando un golpe al último vacío en su garganta antes de atravesarlo con su espada. Angharad empezó a revisarse en busca de heridas, pero tuvo que agacharse tras un árbol al escuchar el silbido de una flecha. Song la siguió allí.

“Tenemos que correr,” dijo Tianxi. “¡Agarra a todos los que puedas y huye!”

Angharad asintió.

“Primero Briceida,” dijo. “Ella necesitará ayuda.”

Song asintió y ambas salieron rápidamente del escondite, Angharad evitando la lanza de un oscuro engendro cubierto con malla y dándole una patada en el estómago. Briceida estaba a solo unos pasos de ellas y ya había sido alcanzada, pero no estaba muerta; en su rostro, un vacío ennegrecido cubría sus ojos, y ahora se encontraba de pie sobre su forma semiinconsciente. Angharad comprendió horrorizada que querían prisioneros. Se lanzó contra el vacío que se alzaba junto a la doncella pelirroja, pero antes de poder hacer más que apartarle su espada, escuchó un movimiento detrás de ella. Giró con gracia y apuntó a la altura del torso, pero Tupoc interceptó el golpe con el costado de su lanza segmentada de metal. Luego, golpeó su ventre con la base del asta, obligándola a retroceder. Tras ellas, Song luchaba con el vacío, cubriendo la espalda de Angharad.

La azteca, se dio cuenta, tarareaba alguna especie de canción. Algo ligero y alegre, como si estuviera en una fiesta en lugar de en un campo de batalla.

“Morirás por esto,” juró Angharad.

“Admiro tu confianza,” le respondió Tupoc.

Lo peor era que parecía decirlo en serio. Angharad se lanzó furiosa tras él, pero Tupoc no era como los cultistas: quienquiera que lo hubiese entrenado, había hecho un trabajo excelente. Nunca dejaba de moverse, obligándola a rodearlo y a cambiar constantemente la distancia: usaba su lanza tanto como un bastón como arma de estocada. Song terminó con su oponente y despertó a Briceida, aunque la pelirroja apenas podía moverse incluso ayudándola a levantarse. Peor aún, habían llamado la atención. Más enemigos estaban llegando, y cuando una saeta impactó en un árbol a poca distancia de su cabeza, Song retrocedió.

“Corre,” dijo Tianxi. “Los otros están... se ha perdido—”

Angharad gruñó, recibiendo un golpe lateral de la lanza de Tupoc, y luego usó su truco favorito de pies planos—un medio paso atrás, haciendo deslizarse la lanza por su longitud y girando mientras golpeaba con la empuñadura. La empuñadura de su sable golpeó en la mandíbula al azteca, su primer golpe sólido, y este retrocedió tambaleándose. Por fin, ensangrentado. Los Pereduris avanzaron hacia Briceida, pero ya había un cultista sobre ella, sujetándola por el cabello y arrojándola al suelo. Angharad atacó furiosa la espalda del hombre, pero no fue suficiente.

“No,” lloró la pelirroja. “No, no me llevarás.”

El mundo respiró profundo, y entonces Briceida emitió un grito como el trueno.

Un silencio ensordecedor llenó sus oídos y algo la levantó del suelo de golpe. Cayó contra un árbol, golpeándose fuertemente el hombro. La visión se le nubló al tratar de levantarse, solo para sentir cómo alguien la arrastraba hacia arriba. El sonido empezó a regresar, aunque atenuado.

“¡Rápido,” susurró Isabel. “Apúrate, mientras están confundidos.”

Angharad tambaleándose lo mejor que pudo, casi ciega, fue ayudada por dos manos: Isabel a un lado y el Maestro Cozme al otro. Pero no estaban solos: Remund iba con ellos, con el rostro marcado y los labios sangrantes. Detrás de ellos, comenzaron los gritos, las criaturas empezando a recuperarse del grito de Briceida.

“Los demás,” murmuró Angharad.

“También corrieron,” dijo Remund. “Los hollows no vinieron a matar: buscaban sacrificios, y solo tomaron uno.”

El orgullo en su voz le producía una profunda náusea. Briceida, ¡oh Dios Dormido! Aún seguía viva, y ahora los cultistas la tenían en su poder. Pero, ¿qué podía hacer Angharad más que seguir huyendo? La confusión comenzaba a disiparse, pero ya no igualaba a la banda de guerra que ahora la perseguía. Solo podía correr como una cobarde junto a sus compañeros. Pero no podía ser tan fácil. No sabía cuánto tiempo habían caminado en la oscuridad, pero en definitiva se detuvieron: los demás estaban adelante, ocultos tras una altísima piedra, y Song hizo un gesto vehemente para que se detuvieran. Angharad se apoyó contra un árbol, escuchando cómo el Maestro Cozme se asomaba a category y respiraba con fuerza.

“Hay un claro más adelante,” dijo. “Y dos vigilantes. Si no los eliminamos antes de que griten por ayuda, estaremos todos muertos.”

“¿Dónde estamos?” murmuró Angharad.

“Cerca del borde del acantilado,” respondió Isabel en voz baja. “Si logramos cruzarlos, correr hacia el noreste será un camino recto hacia la senda del santuario. Solo necesitamos—”

Fue interrumpida por un grito de atrás. Los Pereduri se tensaron durante medio segundo antes de comprender que aún no habían sido vistos. No aún. Pero los cultistas que habían dejado atrás habían rastreado su paso y estaban acercándose. Si no se movían pronto, estarían tan muertos como temía Cozme.

"Tendremos que enfrentarlos," dijo Angharad. "Lo único que podemos hacer es correr."

"De acuerdo," gruñó el Maestro Cozme, aunque su voz sonaba poco alegre.

Ni ella misma se sentía distinta. El sonido atraería a los otros cultistas hacia ellos. El anciano ya vertía polvo en el cañón de su pistola, asomándose tras el tronco de un árbol para medir la distancia a los vigilantes. La mejor tiradora de su grupo era Song, así que Angharad se levantó a medias para intentar captar su atención. Entre ella y Cozme, las probabilidades de acabar con ambos vigilantes en un solo disparo eran buenas. Solo cuando Angharad dirigió la vista allí, fue otra quien sostenía un arma en la mano: Augusto, con su único brazo sano firme y su rostro impasible, apretó el gatillo. Pero no apuntaba a los hollows. Detrás de él, Brun se giró con sorpresa en el rostro, pero fue demasiado tarde.

Augusto Cerdan cruzó la mirada con Angharad y apretó el gatillo.

Revision #1

Created 18 April 2026 09:26:19 by Michael Brown

Updated 18 April 2026 09:26:23 by Michael Brown